

anuario

Volumen 1 - Depto. de Ciencias de la Comunicación
Comunicación Social UNR

Aportes para pensar una Historia de las TECNOLOGIAS DE COMUNICACION

Luis Baggio <mailto:lbaggio@fcpolit.unr.edu.ar> | Profesor de Semiótica

I

Hay una serie de campos de conocimiento en rápida transformación que en los últimos años están siendo aglutinados en torno a conceptos tales como "tecnologías comunicacionales", "historia de las tecnologías de comunicación", etc. También podríamos incluir en esta corriente, amplia y difusa, las disciplinas que intentan "reconstruir" una historia de los medios -las más de las veces una historia de los "usos"- ya sea local o nacional (1) y en muchos casos también una "historia de las apariciones" de estas tecnologías de comunicación (2).

No me propongo aquí, por supuesto, tratar de darle consistencia o unidad a un campo en formación y con tradiciones conceptuales y metodológicas tan disímiles; pero si me gustaría aportar algunos nexos entre corrientes en apariencia distantes entre sí, pero que sólo pueden ser pensables dentro de una "historia de las tecnologías de comunicación" en sentido amplio, dejando, de momento, de lado una historia descriptiva y positiva de las tecnologías en tanto "invenciones", dado que nos interesa más desentrañar la calidad de estas mutaciones, las nuevas prácticas que se instauran, los modos, en definitiva, a partir de los cuales la sociedad hace suya determinada tecnología y no su know how técnico-científico.

Como decía, me parece que un aporte interesante a una historia de este tipo, con toda la amplitud que una disciplina como ésta conlleva, debería recuperar al menos dos líneas, dos campos de conocimientos, dos tipos de saberes que se han ido gestando a lo largo de esta última mitad del siglo, que vienen de tradiciones distintas pero que pueden aportar a esta disciplina en gestación.

El primer campo, coincidente con la llamada "Filosofía de la tecnología", y que podría entenderse como los modos en que el hombre occidental pensó su relación con la tecnología, tiene mucho que decir al respecto, y le da un marco histórico y conceptual que se torna indispensable para abordar las tecnologías de comunicación. El hecho, incluso, a partir de esta última década, de que se comience poco a poco a utilizar la terminología tecnologías de comunicación por la más tradicional de medios de comunicación, pone al descubierto la necesidad de "pensarlas" dentro de la tradición de los estudios sobre tecnología en general, ya que además comparte muchos de los problemas que históricamente fueron tratados por esta disciplina; dado, que si bien no todas las tecnologías son medios de comunicación(3), sí todos los medios son tecnologías de comunicación y comparten, por lo tanto, toda la tradición epistémica de la técnica en tanto techné, primero, y de la tecnología moderna con todas sus conflictivas relaciones con la

ciencia, después.

Una segunda línea a tener en cuenta gira en torno a una visión histórica, intrínseca al campo de la comunicación, donde la serie "medios" aparece independiente, en muchos casos, de las demás series históricas; esta tendencia formalista y generalista de algunos de los autores que podríamos colocar en esta línea -sobre todo M. McLuhan(4) o más recientemente D. Lowe o R. Debray- no invalida en lo más mínimo el aporte que han hecho a la definición "en sentido estricto" del campo mediático. También dentro de este campo de conocimientos podríamos colocar todos aquellos trabajos que organizan historias particulares de cada medio -cine, radio, fotografía, televisión, etc.-, que permiten, junto a los recién nombrados, construir una historia de las mediaciones, donde ciertos rasgos específicos de cada uno de los distintos medios se cruzan con la apropiación histórica que la sociedad ha hecho de ellos.

II

Volviendo al primer aspecto, es decir a la llamada "Filosofía de la tecnología", conviene aclarar que bajo este rótulo se han ido colocando autores tan disímiles como J. Ellul, C. Mitcham, L. Winner, o textos ya clásicos sobre esta problemática como La pregunta por la técnica, de M. Heidegger, Técnica y civilización, de L. Mumford o Ciencia y técnica como "ideología", de J. Habermas. Si bien C. Mitcham en Qué es la filosofía de la tecnología?(5), plantea una diferencia entre la corriente "ingenieril", más recostada sobre la temática de las invenciones y la innovación tecnológica, y la "humanística", representada por, entre otros, los autores arriba mencionados, dentro de la misma corriente humanística hay una gran dispersión de temas, metodologías e intereses.

Nos interesa, dado su carácter ordenador, recuperar dentro de esta corriente la obra de C. Mitcham, y elegimos en particular la perspectiva histórica puesta de manifiesto en su artículo Tres formas de ser con la tecnología (6), donde resume tres actitudes, históricamente situables, del hombre respecto a la tecnología:

- 1- El escepticismo antiguo, que torna a toda tecnología sospechosa,
- 2- El optimismo ilustrado, que promociona a la tecnología como quintaesencia del progreso y el conocimiento,
- 3- El desasosiego romántico, que promueve una actitud ambigua con la tecnología ya que si bien es un aspecto de la creatividad humana termina debilitando los lazos de afecto sociales.

Si bien Mitcham define estas tres actitudes en relación a la tecnología en momentos históricos bien determinados, pueden también éstas -y aquí corremos con el riesgo de tal torsión- ser consideradas como "tipos", es decir tres formas o modos de pensar la relación del hombre con la tecnología. Me explico: muchas de estas actitudes respecto de la tecnología, si bien han hecho su aparición y son características de ciertos momentos de la historia occidental -citados por Mitcham- continúan aún hoy organizando, en ciertos estamentos e instituciones, la relación del hombre con la tecnología.

Para abonar esta apropiación "contrafáctica" de estas tres actitudes

definidas por Mitcham, podemos citar los casos de N. Negroponte o B. Gates, por un lado, y de los últimos textos de J. Baudrillard, por el otro, donde los primeros parecen continuar ciertos rasgos característicos del pensamiento moderno mientras que el último recrea postulados propios del romanticismo más exacerbado(7). Lo mismo puede decirse de cierto fundamentalismo ecológico, muy en boga en estos días, que hace a toda la tecnología sospechosa de los males que aquejan al mundo, continuando, a su modo, con la tradición socrática.

Esto, por supuesto, sin poner bajo sospecha la noción, nunca declarada en forma explícita por Mitcham, de espíritu de época que sobrevuela toda definición epocal "clásica" como la suya, imponiendo un rótulo universal que sólo puede mostrar, en el mejor de los casos, una hegemonía circunstancial y en muchos casos inestable, de unas ideas, de unas concepciones sobre otras.

Finalmente, aunque en este caso bien podría plantearse como un acercamiento antropológico proveniente del campo de estudios tecnológicos -de sus efectos culturales y sociales-, aparece la reflexión acerca de los efectos de ciertas tecnologías en la condición humana; es decir, qué cualidades humanas podrían potenciarse, desaparecer o cambiar; constituyéndose así, a partir de ciertas tendencias de las tecnologías "inteligentes", una nueva concepción del ser humano. Un trabajo clásico, paradigmático y no muy reciente (1967) en esta línea es el artículo de B. Mazlish, La cuarta discontinuidad (8).

III

Una visión un tanto más discontinua de la historia nos permitiría pensar en la aparición y utilización de las distintas tecnologías de comunicación (medios) como acontecimientos que, en muchos casos, reorganizan el ambiente cultural y social. En este registro la obra de M. McLuhan (9), el pequeño texto de D. Lowe, Historia de la percepción burguesa (10), las publicaciones más recientes de R. Debray (11), y, por supuesto, dos de los artículos "clásicos" de W. Benjamin, Pequeña..., y La obra de arte...(12), parecen indicar otra forma de pensar una Historia de las tecnologías de comunicación. Una historia donde los medios, en tanto tecnologías, van constituyendo una cierta autonomía simbólica y redefiniendo continuamente ciertos parámetros interpretativos, es decir, lo que en un momento histórico particular se entiende como lo real, la verdad, las formas de presentar o representar el mundo, etc. Bien podría ser pensada, esta manera de ver las tecnologías de comunicación, como una historia de las representaciones que los medios han ido construyendo desde sus "usos" reales, y en muchos casos potenciales: una historia de las representaciones sociales producidas por las tecnologías de comunicación a partir de su propia especificidad (13).

Una de las ideas fuerza que guían a algunos de estos autores -especialmente a McLuhan- reside en concebir a los medios de comunicación como "prótesis", es decir, artefactos tecnológicos que, una vez que entran a formar parte del "ambiente" cultural, conforman una especie de simbiosis hombre-máquina, potencian ciertas capacidades humanas y adormecen otras, reorganizando la percepción y aprehensión del mundo exterior, transformando la identidad del hombre. Este concepto junto al de "ablación" -que remite a la pérdida

de la capacidad física corporea que el medio extiende tecnológicamente- son dos aspectos complementarios que McLuhan, siguiendo a L. Munford, utiliza para dar cuenta tanto de la limitación tanto como de la expansión que la tecnología provoca en el hombre.

Desde este punto de vista, al cambiar los ambientes tecnológicos y a medida que se van incorporando nuevas prótesis (14), el hombre muta su propia "naturaleza": la identidad humana se reorganiza a partir del cambio tecnológico y la Historia de las tecnologías de comunicación no es otra cosa que la historia de esos cambios.

En este punto, donde ciertas características de lo humano parecen depender en gran parte de los cambios tecnológicos, en particular de la evolución de las tecnologías de comunicación, esta perspectiva de una historia de los medios, comienza a rozar el primer aspecto antes enunciado.

B. Mazlish, retomando y profundizando el razonamiento de S. Freud respecto a los tres "impactos al orgullo humano"(15), propone incorporar el fenómeno de la tecnología -visualizable más claramente a partir de la segunda mitad del siglo- como un cuarto impacto al orgullo del hombre. Después de las rupturas que impulsaron Copérnico en el campo cosmológico, Darwin en el biológico, y Freud en el psicológico, el desarrollo tecnológico reciente viene a poner en duda una vieja "discontinuidad": la del hombre con la máquina. Donde discontinuidad debe entenderse como un énfasis en la distancia y la diferencia entre ciertos fenómenos de la naturaleza. El caso de Ch. Darwin respecto a la evolución del hombre le permite a Mazlish clarificar su idea de "ruptura de discontinuidades" y de cómo desapareció la distancia entre el hombre y el mundo animal, ya que la teoría darwiniana de la evolución de las especies "despojó al hombre de su peculiar privilegio de haber sido especialmente creado, y lo relegó a una descendencia a partir del mundo animal".(16)

Dado que el hombre fue evolucionando con y por las herramientas, entre ellas el lenguaje(17), se podría decir que es producto y, al mismo tiempo, artífice de sus técnicas y herramientas. En este sentido, según Mazlish, el hombre debe "aceptar su propia naturaleza como ser continuo con las herramientas y las máquinas que el construye", ya que, a esta altura del desarrollo tecnológico, "se encuentra en el umbral que le permite irrumpir más allá de las discontinuidades entre él y las máquinas". Por otra parte, "el orgullo del hombre, y su negativa a reconocer esta continuidad, es el sustrato en el que se ha criado la desconfianza respecto a la tecnología y a la sociedad industrial"(18).

IV

Según B. Gates, los proyectos de desarrollo de Inteligencia Artificial (I.A.) se encuentran estancados o marchan muy lentos, y no debería esperarse resultados importantes antes de un tiempo bastante prolongado, cree que debería trabajarse más en la complementación "sin dificultad" de la PC al hombre, que esforzarse en desarrollar una computadora "inteligente" que pueda suplir al hombre. El gran desafío, según Gates, en este caso también Negroponte(19), radicaría en "solucionar" el interface hombre-máquina, eliminándolo o tornándolo imperceptible, constituyendo un continuo entre la PC y el usuario,

transformando a la PC en una suerte de "extensión" de las facultades intelectivas del hombre. Continuidad y extensión parecen ser dos aspectos de una misma tendencia: hacer de las tecnologías del conocimiento un complemento -en realidad un suplemento - del hombre y no su réplica cibernética.

Aquí se plantea un problema interesante para una Historia de las tecnologías de comunicación como es el caso de la tradicional superposición de la tecnología con la máquina, en el caso de la informática y de su actual irradiación a la mayoría de las llamadas nuevas tecnologías -TV interactiva, redes, multimedia, etc-, la importancia creciente del software pone en discusión, sobre todo para las tecnologías comunicacionales, la identificación de tecnología con aparatos técnicos, es decir con el hardware.

Si una disciplina como ésta, dedicada a describir los cambios que las tecnologías de comunicación producen en la historia del hombre, finalmente madura, deberá ella, además de recuperar las líneas de trabajo recién esbozadas, trabajar sobre los "casos", sobre los particulares modos en que las tecnologías se tornan medios de comunicación, y a describir la fina trama que envuelve toda mediación cultural para poder anclar el devenir histórico en el acontecimiento, que le da sentido.

Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación

[anuario@fcpolit.unr.edu.ar]

Directora del Departamento: Lic. Sandra Valdetaro

NOTAS

- (1) La utilización de ciertas metodologías de tipo "cualitativa" como las historias de vida, repone un aspecto vivencial, donde la subjetividad de los actores, puesta en juego en el relato, permite organizar los modos en que los distintos medios o tecnologías fueron percibidos en la memoria de los "usuarios".
- (2) Tal es el caso de las historias de los medios de comunicación, la mayoría de ellas muy descriptivas, que han aparecido en estos últimos años, como por ejemplo la de P. Flichy, Historia de los medios de comunicación, G. Gili, Barcelona, 1993.
- (3) Nos referimos a los medios masivos, como la televisión, la radio, el cine y la prensa, tanto como a los personalizados como el walkman, la PC o la tecnología del videojuego. Sin llegar a la amplitud de McLuhan en La comprensión de los medios como extensiones del Hombre que considera a toda "prótesis" tecnológica que extienda alguna facultad humana (desde el comics hasta la rueda o el caballo), tampoco nos restringiremos a la perspectiva corta de considerar sólo a los medios masivos, "medios".
- (4) Si bien toda la obra de M. McLuhan puede incluirse en esta perspectiva sesgada sobre los medios de comunicación, habría que recordar que muchos de los autores sobre los que trabaja el canadiense como S. Gideon, T. Havelock, L. Mumford o W. Innis, se abocaron a estudiar todo tipo de tecnologías y el punto donde parecen igualarse, y en el que más influenciaron al propio McLuhan, es en la forma que entendieron a la tecnología: no como instrumentos neutrales, dejados a la voluntad del hombre, sino que fueron demostrando en los ámbitos más disímiles -desde la invención y el uso del alfabeto fonético hasta las técnicas para la construcción de ciudades o caminos- que la tecnología es configuradora de espacios culturales nuevos que inevitablemente transforman la naturaleza misma del hombre, más allá de su voluntad.
- (5) Mitcham, C.; Qué es la filosofía de la tecnología?, Anthropos, Barcelona, 1979.
- (6) Anthropos, Nros 94/95 dedicado a la Filosofía de la Tecnología, preparada por el grupo INVESEIT, Barcelona, Marzo-abril de 1989.
- (7) Me refiero a Ser digital, Atlántida, Bs As, 1995, de N. Negroponte y a de B. Gates en el primer caso y a La transparencia del mal, Anagrama, Barcelona, 1992, o La ilusión del fin, Anagrama, Barcelona, 1994, por ejemplo, en relación a J. Baudrillard.
- (8) Mazlish, Bruce; La cuarta discontinuidad, en Tecnología y cultura, M. Kranzberg y W. Davenport (comp.), G. Gili, Barcelona, 1972. Profesor de Historia en el M.I.T.
- (9) Fundamentalmente en su primera época: La galaxia Gutenberg, Planeta, Barcelona, 1985 y La comprensión de los medios como extensiones del hombre, Diana, México, 1969, o el no traducido Through the vanishing point, Harper & Row, N. York, 1968, junto a H. Parker, donde se analiza la representación del espacio en la pintura y la poesía moderna, o en su último libro, publicado junto a su hijo Eric, Leyes de medios, Alianza, México, 1990.
- (10) Lowe, Donald; Historia de la percepción burguesa, F.C.E., México, 1982.
- (11) Debray, Régis; Vida y muerte de la imagen en occidente, Paidós, Barcelona, 1993, y El estado seductor, donde propone la creación de una disciplina específica que estudie la problemática de los medios: la mediología.
- (12) Dos artículos dedicados a dos tecnologías de comunicación recientes en el momento en que fueron escritos estos artículos:

la fotografía -seguramente la primera historia del medio- y el cine.

(13) El tema de lo específico de cada medio ha sido siempre un punto de difícil solución, encontrar los rasgos que distinguen y definen un medio se ha tornado una metafísica de las propiedades últimas, la búsqueda del "arjhé" de los medios: lo que los medios son en sí. Una empresa de este tipo parece, y más desde un punto de vista histórico, destinada al fracaso, dado que muchas veces -ejemplos sobran- lo que parece en un momento ser los rasgos característicos de un determinado medio no suelen ser las propiedades o las cualidades que la gente " explota " de dicho medio y que definen en el futuro su uso.

También la extensión del concepto de lenguaje, fuera del ámbito del lenguaje "natural", a los distintos medios trae consigo una serie de problemas; ya que si bien autores como Barthes en la introducción a su "Elementos de Semiología General" postula la necesidad de extender el concepto de lenguaje fuera de los rígidos párametros saussureanos -olvidar la segunda articulación propia del lenguaje natural o la búsqueda, casi ontológica, de la "mínima unidad de significación", es decir de la "unidad signica"-, sigue pensando que el sentido sólo puede surgir a partir de una "translingüística" o sea que el lenguaje natural es el único que puede dar sentido a los demás lenguajes. Lo mismo puede decirse de E. Benveniste que sobre todo en "Semiología de la lengua" propone la posibilidad de pensar como lenguajes a la música, la pintura, etc, sólo que el único lenguaje con "semántica" propia es el lenguaje natural que sería una especie de traductor universal que daría sentido a los otros, los cuales serían sólo formas sin capacidad metalingüística. No hace falta aludir a J. Derrida para plantear la clara superposición palabra-sentido y metalenguaje-capacidad reflexiva. Todo lo cual nos llevaría a aceptar que el único lenguaje capaz de reflexionar sobre sí mismo y sobre los demás es el lenguaje natural (oralidad, escritura). También el estructuralismo antropológico al presuponer que la inteligencia es el producto cultural de la tradición letrada occidental concibió todas las culturas "distintas" como inferiores o como no-inteligentes. También asoció alfabeto fónico a inteligencia y progreso cultural, dando una clara muestra de etnocentrismo (logocentrismo) cultural.

(14) Para McLuhan el cambio no siempre se asimila a lo nuevo, cada nuevo medio reorganiza el "ambiente" en cuatro sentidos -siguiendo las cuatro leyes de medios-, un aspecto tiende a recuperar ciertas cualidades ya olvidadas en el tiempo, un segundo invierte una capacidad que el medio anterior había extendido, una tercer aspecto tiende a profundizar alguna característica que ya se hallaba en el ambiente y finalmente el último rasgo que define a un medio nuevo es tornar obsoleto o caduco alguna propiedad del medio anterior.

(15) enunciados en su "Introducción al psicoanálisis"(1915-17) y en "Una dificultad en el camino del psicoanálisis"(1917), citados por Mazlish, op. cit. pag. 178.

(16) La cursiva es nuestra, op. cit. pag. 178.

(17) Aquí Mazlish, retoma la idea muchas veces expuesta por otros autores, como el mismo McLuhan, W. Ong o T. Havelock, en el sentido de que el lenguaje natural es una tecnología de la palabra -especialmente la posterior creación del alfabeto- y por lo tanto, siguiendo el razonamiento de Mazlish, la tecnología esta en el origen de la condición humana, la "invención" del lenguaje no es sólo fruto de la hominidad, sino también su condición de posibilidad.

(18) op. cit. pag. 180.

(19) "El verdadero reto será fabricar computadoras que conozcan al usuario, que aprendan a detectar sus necesidades y a comprender su lenguaje (...) en esto radica el secreto del diseño de interfaces: hacerlas desaparecer." N. Negroponte, op. cit., pág. 98-100.